

METÁFORA COGNITIVA Y PSICOTERAPIA

Nicolás Gómez Rivero

Trabajo final de grado
Modalidad
Monografía

Tutor: Roberto Aguirre
Revisor: Hugo Selma Sánchez
Septiembre 2019 - Montevideo



Índice

Resumen

1. Introducción.....	3
2. Metáfora y cognición.....	5
3. Evidencia psicolingüística y neuropsicológica de la metáfora cognitiva.....	7
4. Psicoterapia y procesos cognitivos	
4.1. Terapia Psicoanalítica.....	12
4.2. Terapia Cognitivo Comportamental.....	14
4.3. Terapia Gestáltica.....	16
5. Metáfora y Psicoterapia.....	19
6. Evidencia experimental.....	21
7. Herramientas de descripción de pensamiento metafórico	
7.1. Metaphoric Triads Task (MTT)	24
7.2. Test para habilidades metalingüísticas para adolescentes y adultos (THAM-3)	25
7.3. The Metaphor Identification through Vehicle Terms Procedure (MIV)	26
7.4. The Metaphor Identification Procedure (MIP).....	27
8. Sistemática y pertinencia al uso de la metáfora en la terapia psicológica.....	27
 Referencias	

Resumen

Los mecanismos de proyección metafórica son un hecho de nuestra mente. A pesar de su flexibilidad, estos mecanismos son un hecho sistemático y transversal a dominios conceptuales y culturas. Estos mecanismos de proyección metafórica ponen en juego diversos procesos cognitivos. Entonces, la metáfora cognitiva es un hecho cognitivo del cual la práctica terapéutica puede darse cuenta, sistematizar un abordaje de la misma en la estructura y procedimientos de dicha práctica y desarrollar un análisis de dicha práctica mediante instrumentos de levantamiento de datos empíricos, con hipótesis y predicciones específicas. En esta posibilidad, los marcos teóricos de referencia y las tradiciones terapéuticas no tiene el mismo alcance y flexibilidad. Algunos de ellos parecen más sensibles o disponibles respecto a otros. El presente trabajo tuvo como objetivo explorar esas posibilidades. Se hizo un registro de los conceptos y aspectos principales: cognición, metáfora, modelos y tradiciones terapéuticas e instrumentos en el estudio empírico descriptivo del pensamiento metafórico. Finalmente, se desarrolló un conjunto de consideraciones, conclusiones y limitaciones en el escenario actual respecto a un abordaje sistemático de la metáfora como elemento presente en la práctica y la situación terapéutica, susceptible de ser administrado en protocolos terapéuticos.

Palabras claves: Procesos cognitivos, Lenguaje, Psicoterapia, Metáfora cognitiva

1. Introducción

A mediados de la década de los setenta y principio de los ochenta del siglo XX, se desarrolló un nuevo paradigma en los estudios lingüísticos. Se trató de un enfoque denominado Lingüística Cognitiva (LC). Esta denominación se debe a que para este enfoque el lenguaje está intrínsecamente relacionado con varias facultades del sistema cognitivo y a la centralidad dada a la semántica en el diseño de los distintos componentes del lenguaje. Además, a diferencia de los enfoques previos, algunos fundamentales del ambiente de las Ciencias Cognitivas, el lenguaje deja de ser considerado una facultad autónoma (Croft & Cruse, 2004). Por ejemplo, la gramática generativa (Chomsky, 1957) presenta a la sintaxis como el centro de lo propiamente lingüístico, desplazando a la fonética, la semántica y la pragmática fuera de los aspectos estrictamente lingüísticos y destacando el aspecto computacional del lenguaje. Este enfoque ha sido resonante con las nociones de modularidad de la mente (véase Fodor, 1986). Esta noción significa que la mente está compuesta por módulos que se encargan de convertir y procesar información para conseguir diferentes propósitos cognitivos. Estos módulos se dividen en dominios o áreas de conocimiento que se establecen mediante la formación de respuestas recurrentes y estables ante situaciones que la especie humana se enfrenta frecuentemente.

Otro aspecto central de la denominada LC es la adopción del experiencialismo o realismo experiencial en sustitución de un algoritmo computacional como sustento exclusivo o principal para modelar y teorizar sobre las estructuras del lenguaje. El realismo experiencial considera que las estructuras constituyentes de nuestros sistemas conceptuales surgen de la experiencia corpórea y tienen sentido según dicha experiencia (Cuenca & Hilferty, 1999). En otros términos, para este enfoque, las estructuras conceptuales son producto de la interacción entre nuestras capacidades cognitivas (sin que ello implique necesariamente discutir todos los aspectos del innatismo) y el mundo exterior. La noción de experiencia de este enfoque abarca las experiencias físicas, biológicas y sociales. Esta propiedad de la experiencia sobre el lenguaje se ha denominado también como el carácter corpóreo del lenguaje. Para este enfoque, las estructuras lingüísticas son correlatos de estructuras conceptuales (además de que refieren contenidos conceptuales), producto de esa experiencia. Tal postura no hace al enfoque ajeno a participar en abordajes que buscan incluir el mencionado componente de la

experiencia en modelos cognitivos del lenguaje. En última instancia, sugiere que los modelos y desarrollo de algoritmos habrían de reflejar esta condición corpórea.

La LC ha surgido dentro de un ambiente más amplio denominado Cognición Corpórea. Éste sostiene que la actividad cognitiva se sitúa en un contexto particular en el mundo real. Por lo tanto, está sometido a presiones temporales que se generan a raíz de la interacción con dicho contexto. Nuestro sistema atencional y memoria de trabajo presentan límites de alcance y capacidad. Por lo tanto, se genera una selección automática de estímulos del entorno para reducir la carga de trabajo cognitivo. De este modo, sería necesario y fundamental el entorno para modelar la cognición. Asimismo, se concibe a la cognición como guía de acción para producir comportamientos apropiados a cada situación. Por último, en una idea ajena a los enfoques lingüísticos y al computacionalismo cognitivo, se considera que los mecanismos sensoriomotores dan origen a muchas estructuras mentales y contribuyen al desarrollo de pensamientos abstractos (Wilson, 2002).

Los trabajos de Lakoff (1980, 1987), Langacker (1987), Johnson (1980) y Talmy (1988; 2000) fueron pioneros e impulsores de la Lingüística Cognitiva. Según Valenzuela (2012), los postulados generales más relevantes sobre la Lingüística Cognitiva consisten -como lo refiere su nombre- en concebir al lenguaje como un fenómeno integrado en las capacidades cognitivas humanas (p.e., la percepción, la memoria, la categorización o la atención). A su vez, para la descripción lingüística, se consideran aspectos culturales, históricos, psicológicos, sociales y estilísticos, en tanto fuentes experienciales de las estructuras conceptuales y lingüísticas. Otra premisa importante para la LC es que el lenguaje está basado en su uso regular y continuo. Fundamentalmente, el enfoque señala que del uso se abstraen las unidades simbólicas del lenguaje. En consecuencia, se afirma que no se puede establecer una frontera precisa entre semántica y pragmática. De la misma manera, se afirma que nuestra configuración corporal o aparato sensorio-motor determina las categorías que podemos establecer. A esto se le denominó corporeización.

Más en detalle, el enfoque considera que las extensiones semánticas de un concepto están motivadas por los diferentes contextos de su uso. En este sentido, todo concepto está basado en un dominio conceptual o marco semántico. Es decir, que depende de una estructura coherente de conocimiento fundado en la experiencia, mediante esquematizaciones del conocimiento. Del mayor interés a este estudio, se le considera a la metáfora cognitiva como mecanismo que desarrolla esas esquematizaciones (Valenzuela, 2012).

2. Metáfora y cognición

En los estudios sobre la cognición se han producido cambios de paradigmas importantes que han guiado el curso de los estudios sobre los procesos cognitivos básicos y superiores. Por los primeros se entiende aquellos que adquieren información del entorno y los segundos como los procesos que trabajan con la información interna (Apud, Ruiz & Vásquez, 2016). Entre los paradigmas más recientes que caracterizan los estudios en Ciencias Cognitiva, se encuentran el computacionalismo, el conexionismo, el dinamicismo o enfoque dinámico y la cognición corpórea, todos ellos se desarrollaron durante y posteriormente a la "revolucion cognitiva".

Los autores del enfoque lingüístico-cognitivo (p. e., Lakoff & Johnson, 1980) llegan a sostener que la forma en que pensamos y actuamos es de naturaleza metafórica. En su opinión, por medio de la evidencia lingüística es posible por lo tanto aproximarnos a cómo es que percibimos, pensamos y actuamos. A diferencia de los enfoques semánticos estándar, Cuenca y Hilferty (1999, p.70) sugieren que para la LC (p.e., Haiman, 1980; Langacker, 1987) no existe una clara línea divisoria entre el conocimiento lingüístico y el conocimiento del mundo. En este sentido, el valor semántico de una expresión no reside únicamente en las propiedades inherentes de una situación entera que se describe. También, envuelve la forma en que elegimos cómo pensarla y cómo retratarla mentalmente (Langacker, 1988).

La metáfora cognitiva funciona a través de la operación analógica entre un dominio origen o base y un dominio destino o meta. En tal caso, el dominio base oficia de sistema cognitivo referencial para comprender o representar el del dominio meta (Lakoff, 2006). En otras palabras, nuestro entendimiento metafórico consiste en realizar mapeos estructurales entre al menos dos dominios y sus respectivos sistemas conceptuales por medio de comparaciones entre la información relacional primordial que ambos dominios comparten (Gentner & Bowdle, 2001). Cabe destacar que un mismo dominio base puede proporcionar sentido a más de un dominio meta (Gibbs, 1996). Según Glucksberg (1992), los mapeos metafóricos se producen desde los dominios concretos (de carácter perceptivos) sobre los dominios abstractos. Por ejemplo, se extienden conceptos del orden conceptual espacial (concretos) hacia los conceptos temporales, emocionales (abstractos). En consecuencia, la metáfora se entiende como un sistema conceptual para llevar a cabo la conceptualización abstracta. De acuerdo con Talmy (1988), tomamos una frase determinada para evocar en el

oyente una experiencia compleja particular, una representación cognitiva. Así es como se constituyen marcos de referencia o esquemas para organizar conceptualmente nuestra experiencia en general. También, debido a dichos constructos conceptuales podemos describir y concebir nuestras experiencias de maneras alternativas (Valenzuela, 2012).

Un aspecto importante, como lo afirman Bowdle y Gentner (2005), reside en que la metáfora tiene un ciclo de desarrollo por el cual comienzan siendo novel, se convencionaliza y por último se gramaticaliza o cristaliza en una frase idiomática. Más en detalle, en un principio las metáforas evolucionan de la analogía (p.e., *El amor es como un viaje*). En este caso, se pone en juego la semejanza entre los conceptos. Así, a medida que se convencionaliza, la categorización ocupa un papel importante creando nuevas categorías, estableciéndose finalmente un dominio semántico común (p.e., *El amor es un viaje*). De esta forma, la flexibilidad semántica permite pasar de conceptualizaciones ya existentes a nuevas: la metáfora novel (Bowdle & Gentner, 2005). Posteriormente, una vez constituido el nuevo sentido (novel), la metáfora continúa un proceso de convencionalización. Cognitivamente, esto resulta en un procesamiento menos demandante y más automático.

Finalmente, las frases idiomáticas, gramaticalizaciones o cristalizaciones son el resultado de un proceso en el cual la metáfora convencional se vuelve una expresión gramatical formal. Tal transformación es producto de la regularidad de su uso. Existe una polémica importante sobre si las frases idiomáticas requieren la actualización del mecanismo metafórico o no. En este último caso, la metáfora cognitiva estaría desactivada. Por su parte, Gibbs (1997) sostiene que accedemos a las metáforas conceptuales durante la comprensión normal de las frases idiomáticas.

Fundamental a nuestro interés, la conceptualización metafórica englobaría varias operaciones del sistema cognitivo. Entre ellos, la percepción, atención, pensamiento, lenguaje, memoria. Santiago, Román y Ouellet, (2011) proponen que la interacción entre la cognición espacial, las representaciones en la memoria de trabajo y los procesos atencionales permiten realizar una selección específica dentro del mapeo metafórico. Así, se haría posible una representación compleja sobre una situación determinada. Ésta guiaría la acción.

3. Evidencia psicolingüística y neuropsicológica de la metáfora cognitiva

A continuación se discute evidencia psicológica de la metáfora cognitiva en algunos dominios conceptuales. Como ya se mencionó en párrafos anteriores, la metáfora temporal es un claro ejemplo sobre el mapeo metafórico entre dominios conceptuales (concretos y abstractos). Esta versión de la metáfora cognitiva consiste en concebir aspectos temporales en base a información de orientación espacial. Son varios ya los estudios respecto a la metáfora temporal (p.e. Boroditsky, 2000; Torralbo, Santiago & Lupiáñez, 2006; Núñez & Sweetser, 2006; Casasanto & Boroditsky, 2008; Aguirre & Santiago, 2017) que indican el uso de términos espaciales para hablar sobre el tiempo. Dicha evidencia ha mostrado que nuestros esquemas espaciales proveen información relacional para organizar eventos en el tiempo.

La evidencia a favor de la realidad psicológica de la metáfora EL TIEMPO ES MOVIMIENTO se ha registrado a través de líneas mentales del tiempo. En éstas, el tiempo se percibe como una entidad unidimensional y unidireccional. En éstas, según el punto de vista del observador, los objetos y eventos aparecen y desaparecen en determinado orden. Destacadamente, Boroditsky (2000) sugirió el Metaphor View System (MVS) como correlato psicológico de la propuesta lingüística de la metáfora cognitiva. En su propuesta, Boroditsky (2000) encuentra evidencia de dos formatos de la metáfora emergentes a partir de lo que denomina la posición de Ego. A saber, Ego-moving y Time-moving. La primera se refiere al movimiento del observador hacia los eventos y objetos (p.e., *Nos acercamos a mi cumpleaños*) ubicados en el tiempo. Por su parte, la Time-moving evidenció que los eventos y objetos avanzan en dirección al observador en la línea temporo-espacial desde el futuro hacia el pasado (p.e., *Mi cumpleaños se acerca*). Como afirman Lakoff & Johnson (1980), las estructuras metafóricas de los conceptos son coherentes con los valores fundamentales de una cultura. Por ejemplo, Núñez y Sweetser (2006) demostraron la variación cultural de las asignaciones metafóricas. Según su estudio, los Aymara (un pueblo originario de América del Sur) concibe la línea temporo-espacial de modo que el futuro está asociado hacia atrás y el pasado adelante. Dicha concepción se contrapone al patrón transcultural casi universal donde el futuro está referenciado adelante y el pasado atrás del Ego.

Por otro lado, también se ha aportado evidencia psicolingüística y neuropsicológica acerca de la metáfora cognitiva para el procesamiento de valencias emocionales y morales. Esta evidencia parte de los supuestos de que, en la interacción física sistemática y constante

con nuestro entorno, se forman diferentes representaciones mentales derivadas de la información perceptiva concreta. A la vez, dichos supuestos consideran que, en el uso sistemático de categorías y conceptos semánticos, se establecen analogías. Éstas dan lugar a nodos de conceptos amodales. Al estar en red, estos conceptos se coactivan según el propósito del contexto. Ambos tipos de experiencia -corporal y lingüística- se correlacionan y dan lugar a las metáforas lingüísticas que representan metáforas mentales (Casasanto, 2009). Por consiguiente, se entiende que las dimensiones perceptuales concretas (p.e., coordenadas espaciales en un eje vertical u horizontal) estructuran conceptos abstractos (p.e., morales, emocionales, temporales, numéricos, entre otros) (Lakens, 2012). Tal es el caso de correspondencias como ARRIBA ES BUENO y ABAJO ES MALO.

Por su parte, diversos autores (Casasanto, 2009, Lakens, 2012; De la Fuente, Roman, Casasanto & Santiago, 2014; 2015; Santiago & Lakens, 2015) han evidenciado que cuando un estímulo de polaridad positiva (p.e., ALEGRÍA, FELICIDAD, BONDAD) se presenta en un espacio preferente se genera un efecto de congruencia o de polaridad. Es decir, se registran latencias menores para la asociación espacio-valencia considerada congruente en la hipótesis, respecto a su contraparte. Los estudios de los autores anteriormente citados han registrado las polaridades: positivo-arriba, negativo-abajo, positivo-derecha o negativo-izquierda. Sus hallazgos han mostrado también distintos niveles de flexibilidad y rigidez de dichas asociaciones y de los ejes espaciales. También, han mostrado un rol relevante de la memoria de trabajo, las demandas de la tarea, el contexto (Santiago & Lakens, 2015). Finalmente, han polemizado sobre la adecuación de la explicación de esas asociaciones a través de efectos de congruencia o de polaridad.

Otros hallazgos han mostrado que la especificidad del cuerpo afecta la asociación entre el espacio y la valencia. De acuerdo con De la Fuente, Casasanto y Santiago (2015), la gente tiende a asociar el bien con el lado del espacio en el cual tienen una performance de acción más fluida. Generalmente, ésta resulta ser la mano dominante. Autores como los citados han testado si las personas diestras tienden a asociar implícitamente el bien con el lado derecho y el mal con el izquierdo. A la vez, en personas zurdas, la asociación espacio-valencia se opondría al de las personas diestras. En sus hipótesis, dicha asociación podría ser rápidamente alterable según nuevos patrones de experiencia motora. Como parte de esa experiencia motora, se incluye la interacción física con el contexto y la observación de los otros interactuando en el contexto.

Dada la mayoría de personas diestras en las distintas culturas, De la Fuente, Roman, Casasanto y Santiago (2014) consideraron que se distingue una convencionalización universal de la especificidad del cuerpo de los diestros a reflejarse en el lenguaje (p.e., *Él es mi mano derecha, Tengo dos pies izquierdos*). En un total de tres experimentos, De la Fuente, Roman, Casasanto & Santiago (2014) demostraron que los efectos implícitos de espacio-valencia son similares transculturalmente. Lo anterior, a pesar de los tabués que se presentan en otras culturas (p.e., árabe-musulmana) respecto a la coordenada espacial izquierda. Es decir, los atributos corporales (diestros-zurdos) resultan de mayor influencia que los aspectos culturales en la asociación de valencia espacial. En los experimentos se tomaron participantes hablantes nativos del español, quienes nunca habían vivido en un país de cultura árabe, y hablantes nativos del Darija (lengua árabe), quienes nunca habían vivido en un país de cultura occidental. El primer experimento contó con la participación de españoles hispanohablantes; en el segundo marroquíes, hablantes de árabe. En el tercer experimento, ambos grupos. Todos los grupos realizaron la misma tarea (Bob task): a través de una respuesta oral, se solicitó al participante colocar un animal categorizado como bueno en una caja y otro como malo en otra. Las cajas se dispusieron de modo que una se encontraba al lado izquierdo y el otro al lado derecho de la imagen del personaje visto desde arriba. Previamente, se relató a los participantes sobre un personaje que desea ir al zoológico. A la tarea de la caja le siguió un cuestionario con preguntas para saber cuán conscientes fueron los participantes del efecto de su preferencia manual en la categorización de las valencias. Los resultados sugirieron una asociación implícita de espacio-valencia entre los participantes marroquíes, pero no en los españoles. A sugerencia de los autores, estos resultados sugieren que la cultura no influye en la asociación de especificidad del cuerpo entre el espacio y la valencia.

Como sugieren los hallazgos citados, existe evidencia a favor de la realidad psicológica de la metáfora cognitiva. Esa evidencia ha mostrado la flexibilidad de la metáfora cognitiva considerando los dominios meta como los distintos aspectos del espacio que proveen los rasgos a proyectar. A su vez, según sea el caso, la cultura, la estructura corporal o el código lingüístico resultan un factor explicador de la realidad psicológica de las proyecciones metafóricas. Finalmente, la comprensión que tenemos del mundo y la categorización que hacemos de los entes que lo habitan, orientan la acción y la conducta.

4. Psicoterapia y procesos cognitivos

Según Bernardi, Defey, Garbarino, Tutté y Villalba (2004), la Psicoterapia es un mecanismo promotor del cambio psíquico. Busca aliviar un sufrimiento específico y/o favorecer el desarrollo de la persona y de sus vínculos por medio de la relación terapéutica. Ésta última se compone de una o más personas. Desde esta relación proviene la demanda de asistencia. En su estructura, uno o más especialistas deben contar con una formación profesional sobre los procedimientos, técnicas y conocimiento sobre fenómenos psicológicos.

A lo largo del desarrollo académico y científico de la Psicología, la noción de Psicoterapia fue evolucionando y adoptando diferentes formas de acuerdo a las distintas concepciones sobre el psiquismo y los procedimientos psicológicos para operar sobre él. Por esta razón en la actualidad puede contarse un gran número de psicoterapias que se diferencian en cuanto a la comprensión y maneras de proceder en función de los problemas o conflictos a ser abordados por la terapia. No obstante, algunos autores (Bernardi et al., 2004; Cameron & Ennis, 1998) han realizado distinciones de modelos o familias dentro de las psicoterapias. Para tal propósito, se han basado en los elementos comunes entre sí.

El primer modelo estaría formado por aquellas psicoterapias que tienen como objetivo lograr en los sujetos mayor comprensión de sí mismos y de los conflictos pasados y presentes. Éstas son usualmente de larga duración y pueden llevarse a cabo tanto de manera individual como grupal. Este modelo estaría representado por el Psicoanálisis.

El segundo modelo se basa en la adquisición y aprendizaje de nuevos comportamientos. Estos enfoques se caracterizan por ser tratamientos estructurados o focalizados en el cambio sintomático o en objetivos concretos y prácticos, acordados en mutuo acuerdo en la relación terapéutica. Este modelo está representado por la Terapia Cognitivo Comportamental.

El tercer modelo consiste en las psicoterapias que se proponen facilitar nuevas experiencias en el aquí y ahora de los sujetos, identificar problemas, comprender los sentimientos, explorar y/o tomar decisiones y reducir el estrés. Este modelo integra las terapias de tipo experienciales y corporales, entre ellas se destaca la Terapia Gestáltica.

La distinción de la Psicoterapia en modelos evidencia la variedad de enfoques en cuanto a sus concepciones teóricas y metodologías de intervención sobre las patologías que pretenden modificar. De igual modo, la diferencia de nuestro interés radica en preguntarnos

cuán consecuentes son estos modelos psicoterapéuticos con los procesos cognitivos. Nuestra pregunta asume que dichos procesos están presentes a través de los participantes de la relación terapéutica. Entonces, la pregunta de interés a esta monografía es ¿cuál es la actitud que adoptan los psicoterapeutas de las distintas corrientes o modelos frente a los procesos cognitivos? Al menos respecto a los parámetros que les impone cada modelo terapéutico.

De acuerdo con Ballesteros (2013), todos los psicólogos deben contar en su formación con conocimientos básicos de orden teórico, empírico y metodológico que son fundamentales para la práctica psicológica . Esto incluye:

“... saberes sobre fundamentos biológicos y sociales del comportamiento, de los procesos atencionales y perceptivos, memoria, aprendizaje, solución de problemas, personalidad, psicopatología, las diferencias individuales y su evolución. (Además de este conocimiento sobre el objeto, se incluirían en este saber obligado) los conocimientos y competencias metodológicas que se requieren a la hora de la investigación en Psicología ...” (p. 22).

Esta sugerencia de Ballesteros (2013) incluye entonces conocimientos sobre Psicoterapia y sobre Psicología cognitiva. También, habilidades y conocimientos para entender y evaluar, por ejemplo, los parámetros de diseño experimental y de análisis estadístico de datos reportados en artículos científicos. También, capacidad tanto para entender a la cognición desde la pretensión de desarrollar modelos teóricos sobre ella como capacidad para interpretar los hallazgos sobre la cognición en razón de las necesidades terapéuticas de cualquier caso o desde el interés por desarrollar teorías de la subjetividad.

4.1. Terapia Psicoanalítica

En sus comienzos, el Psicoanálisis estuvo estrechamente vinculado a los estudios y observaciones sobre Psicopatología (p.e., Freud, 1886; 1893). La mayoría de sus principales exponentes (Freud, Jung, Breuer, Winnicott) pertenecieron al campo médico. Por lo tanto, en esta primer instancia, es común encontrar en el modelo teórico y en el lenguaje psicoanalítico alusiones a los procesos cognitivos, y el sistema nervioso en los parámetros y descripciones de su época. A medida que el Psicoanálisis fue desarrollando sus principales teorías, como lo son la topografía del aparato psíquico, las etapas de evolución de la libido, sobre la etiología de las neurosis y psicosis, se fue distanciando de la Psicopatología y la Psiquiatría clásica. Lo anterior, con la pretensión de constituirse en una disciplina autónoma, ocupada de los diagnósticos psiquiátricos, síntomas y “malestares de carácter” más cotidiano.

Posteriormente, como práctica psicoterapica, el Psicoanálisis está más relacionado con la Psicología de la vida psíquica normal y no tanto a nivel psiquiátrico patológico.

El Psicoanálisis pretende estudiar lo que denomina “Aparato psíquico” mediante la observación del discurso completo del paciente. A partir de esa fuente, sigue la estrategia de realizar inferencias sobre los posibles conflictos que se expresan de forma explícita o implícita a lo largo de la consulta. Esa interpretación se hace contra categorías previas, dadas por el marco teórico psicoanalítico. A partir de los datos relevantes sobre la historia del paciente, recopilados en el transcurso de la entrevista, el analista aplica una batería de técnicas características del tratamiento psicoanalítico. Entre ellas: (i) las intervenciones en forma de señalamiento. Con esta técnica, el paciente da cuenta de lo que acaba de referir en el discurso para poder establecer un enlace entre una situación y otra. También, para centrar la atención sobre una situación concreta revelada en el discurso del paciente, recabando más información al respecto. (ii) Los esclarecimientos, estos se hacen con el objetivo de reordenar la información del paciente para que éste pueda percibir de forma clara y adquiriera un mejor conocimiento de sí mismo. También, para que logre interpretaciones que aportan nuevo significado al paciente sobre sus actos, sobre su situación concreta. El propósito es el logro de una perspectiva nueva y la confrontación. Ésta última sirve para evidenciar una contradicción en el discurso del paciente (Etchegoyen, 1986).

Las intervenciones suponen lo que el Psicoanálisis denomina tres sistemas de límites difusos, denominados así porque se considera que las cargas energéticas o fuerzas psíquicas

están en desplazamiento. Para la teoría psicoanalítica, parte de lo que se denomina como “*Inconsciente*” se conoce por medio de su expresión consciente. Para los psicoanalistas, el valor de la exploración de ese “Inconsciente” radica en que en él se encuentra la forma de actuar más primitiva (proceso primario). En cambio, lo que los psicoanalistas denominan el “Preconsciente” es visto como un sistema intermedio: una bisagra entre los sistemas “Inconsciente” y “Consciente” (Tallaferro, 1991). Lo relevante para esta monografía es que allí se encontrarían los conceptos que, en forma de representaciones verbales, han sido adquiridos de la realidad. Se verá que esta descripción sugiere a la formación de conceptos desde una teoría clásica de lo semántico como espejo de algo llamado realidad.

Por otra parte, a grandes rasgos, el sistema consciente contiene las percepciones internas y externas momentáneas. Se conoce también como sistema de percepción-conciencia. Éste permite percibir las cualidades sensibles, derivando en una diversidad de sensaciones dependientes de las relaciones con el mundo externo. Éste es considerado también un sistema amortiguador de estímulos que posibilita regular la vida psíquica. Al igual que en el sistema preconsciente, predomina el principio de realidad (Laplanche & Pontalis, 2015; Tallaferro, 1991). Se verá que, por ejemplo, este orden de las estructuras sugeridas por el psicoanálisis involucra algunos procesos cognitivos. Sin embargo, convendría avanzar en estudios que evalúen la actualidad de sus descripciones explícitas o inferencias sobre lo cognitivo según el conocimiento contemporáneo de los procesos cognitivos.

Respecto a las instancias del “Ello”-”Yo”-”Superyó” (que aluden a la denominada segunda tópica), Freud (1923) afirma: “el (Y)o es la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior” y “se empeña en hacer valer sobre el ello el influjo del mundo exterior, así como sus propósitos; se afana por reemplazar el principio de placer, que rige irrestrictamente en el “Ello”, por el principio de realidad” (p.27). Al interpretar estas descripciones, Tallaferro (1991) entiende que, en sus orígenes, el “Yo” formó parte del ello. Sin embargo, se ve modificado por la interacción con el mundo exterior. Su función es generar homeostasis en el intercambio entre los estímulos externos y los impulsos internos, coordinarlos. De esta manera, hacer posible la expresión de los impulsos internos en el mundo exterior sin generar conflicto.

Por otra parte, según el Psicoanálisis, el “Ello” es una instancia que se rige por un principio del placer. En esta instancia, predominarían los impulsos instintivos, las pasiones, las pulsiones y dominaría el denominado proceso primario primitivo. En su totalidad, se

identificaría con el sistema del inconsciente. Finalmente, el denominado “Superyó” resultaría de la introyección de las imágenes parentales, de incorporar las exigencias impersonales y del ambiente social. (Sería) el acto prohibitorio de las restricciones morales y es el impulso hacia la perfección (Freud, 1923; Tallaferró, 1991).

Esta arquitectura de las estructuras del denominado “Aparato psíquico”, que separa y coloca como primigenio a lo pulsional o instintivo, asociándolo además a un marco moral-social de lo prohibitivo, sería uno de los elementos del Psicoanálisis a revisar según el actual estudio y descripción de los procesos cognitivos.

Cabe entonces preguntar si el desarrollo teórico conceptual y sus objetos -p.e., “Aparato psíquico”- desligan al Psicoanálisis y la práctica profesional inspirada en él de la descripción y consideración contemporánea de los procesos cognitivos. Esta pregunta habrá de repetirse para las tradiciones terapéuticas a mencionar en los siguientes párrafos. De modo orientativo porque esta monografía no es una respuesta a esa pregunta, Kandel (1999) sugiere que, luego de los avances en la Biología y en Neurociencias, se está buscando cada vez más dotar al Psicoanálisis de mayor relación con los procesos cognitivos.

4.2. Terapia Cognitivo Comportamental

La evolución teórico-práctica de la terapia Cognitivo Comportamental se divide en tres generaciones. La primera está ligada al origen de la Terapia de Conducta. La segunda, a la Revolución Cognitiva. La tercera comprende desde la incorporación del paradigma constructivista hasta la actualidad. El siguiente desarrollo sobre las generaciones mencionadas ayudará a comprender y situar de forma clara la relación de la terapia Cognitivo Comportamental con el estudio de los procesos cognitivos. Consecuentemente, esperamos vislumbrar la actitud adoptada por los terapeutas de dicha corriente frente a dichos procesos, explicar en qué consiste dicha terapia y sus principales técnicas de intervención.

Los orígenes de la Terapia de la Conducta están en Sudáfrica. En sus trabajos, Wolpe (1915-1997) sugiere como principio que toda conducta, ya sea adaptada o desadaptada, es aprendida. Por lo tanto, puede ser modificada mediante los principios del aprendizaje (Fernández, García & Crespo, 2012). Para ese entonces, en el ámbito académico científico de la Psicología, el paradigma del conductismo estaba consolidado como alternativa al Psicoanálisis. Éste proponía centrar los estudios de Psicología a la conducta observable y el

ambiente en el que se produce antes que ocuparse de estructuras subyacentes a la conducta. En otras palabras, todo lo que no es observable explícitamente por medio de la conducta carece de interés para los conductistas. Cabe destacar la evolución del conductismo desde el rechazo a cualquier sustrato innato de la conducta hasta el neoconductismo. Este último, plantea una visión mediacional de la conducta porque, al organismo como factor (estímulo-organismo-respuesta-consecuencias), hace referencia a los procesos cognitivos (Fernández, García & Crespo, 2012). La novedad de esta generación fue incluir en el ámbito clínico (Terapia de la Conducta) el control experimental y los estudios de efectividad, centrándose en la conducta desadaptada y su modificación por medio del aprendizaje.

Tras la aparición de las Ciencias Cognitiva, los estudios de la conducta adhieren el aspecto cognitivo de la misma. Esto ocasionó un cambio en la fundamentación teórica y metodológica de la Terapia Cognitivo-Conductual, debido a que, en un ambiente científico más amplio, se volvió razonablemente posible la descripción de los procesos cognitivos involucrados en las conductas.

El análisis conductual aplicado y el modelo neoconductista mediacional continuaron formando parte de los principales estudios. A ellos se incorporó el enfoque cognitivo y social. Los estudios se continuaron sistematizando y se crearon protocolos de aplicación y evaluación metodológica adecuados a diferentes situaciones. Por ejemplo, las técnicas cognitivas de Inoculación de estrés, Terapia relacional emotiva, Reestructuración cognitiva, Solución de problemas, Biofeedback, Autocontrol, Entrenamiento en habilidades sociales, Manejo de situación, que aún en la actualidad tienen vigencia (Labrador, 2008). Para esta generación, el paradigma del procesamiento de la información es sumamente importante porque permite tener en cuenta los aspectos personales, los ambientales, las estructuras y operaciones de la cognición humana en un sistema altamente coordinado. Junto con el constructivismo y cognitivismo social, el análisis conductual se plantea un determinismo recíproco entre el ambiente y el comportamiento del sujeto en su totalidad (bio-psico-social). Las funciones psíquicas superiores son tomadas en cuenta en el constructo teórico práctico y se propone un procesamiento de información de carácter proactivo y retroactivo. La inclusión de dichos paradigmas hace hincapié en la organización de la experiencia personal, y la construcción de realidad. Esta última se considera una entidad realizada por los sujetos a partir de representaciones mentales del mundo y de sí mismos en interacción con el medio (Fernández, García & Crespo, 2012).

Finalmente, la tercera generación es el resultado de la evolución teórico práctica de las generaciones anteriores. Esta evolución pretende conservar la metodología científica y la búsqueda y evaluación de eficacia y efectividad. También, busca conservar elementos del cognitivismo y el constructivismo e incluir el aprendizaje y el ambiente social como factores explicadores. Esta generación aún se sigue desarrollando. A pesar de estar unificada en cuanto a su objetivo general de detección y cambio de “conductas, pensamientos y respuestas emocionales desadaptadas” (Fernández, García & Crespo, 2012, p.32), esta generación presenta diferentes aproximaciones cognitivo conductuales dentro de la Terapia Cognitiva Comportamental. Según los autores anteriormente citados, en la actualidad, el contexto ocupa un lugar central en la terapia . De hecho, la noción de contexto ha sido ampliado para fenómenos físicos, sociales y el verbal, considerando a éste "... uno de los (elemento de los) contextos de intervención más importantes de estas terapias ..." (p.75). Esta ampliación resulta curiosa, porque las disciplinas dedicadas al lenguaje han planteado y documentado amplia y previamente que a través del lenguaje aparecen los contenidos del contexto y la relación comunicativa misma.

Este enfoque contextual resalta la importancia del lenguaje sobre la conducta. El lenguaje deja de ser para el psicoterapeuta, una mera herramienta sobre la cual se apoyan los terapeutas para generar intervenciones. El lenguaje formaría parte del objeto de estudio, mediante la performatividad del discurso (Austin, 1998). Algunas de las técnicas que se derivan de este enfoque son: la Psicoterapia Funcional Analítica, Terapia de Aceptación y Compromiso, Terapia de Conducta Dialéctica. En todo caso, un adecuado manejo de esta perspectiva del lenguaje por parte del terapeuta implicaría capacidades de análisis del discurso y conocimiento lingüístico descriptivo que habrían de estar presentes en la formación psicológica estándar.

4.3. Terapia Gestáltica

Finalmente, la Terapia Gestáltica tiene sus antecedentes a principios del siglo pasado un estudio sobre la percepción. Más precisamente, un estudio acerca de la ilusión óptica de movimiento aparente o también conocido como fenómeno *Phi*, llevado a cabo por Wertheimer (1880-1943). Sin embargo, la percepción no constituyó su único interés, la Psicología de la Gestalt también aborda el pensamiento, el aprendizaje, entre otros procesos

cognitivos (Carro & De la Cuesta, 2008; Santacruz, Valiente, Velásquez, & Lazcano, 2000). Junto con Kohler proponen “dar cuenta de lo significativo e inmediatamente organizado de la experiencia psicológica consciente, conservando el espíritu experimental y rechazando cualquier intento de descomposición de la vida psicológica” (Santacruz et al., 2000, p. 6).

Siguiendo los postulados de la Fenomenología, los autores se propusieron estudiar los fenómenos psicológicos tal y como, según ellos, se presentan. Es decir, sin dividirlos en elementos simples ni forzarlos ante un método determinado. Estos fenómenos son tomados como sistemas totales. En esos totales, las partes interactúan de forma dinámica y constituyen una totalidad que es significativa y cualitativamente diferente a la suma de sus partes. Es decir, no se perciben conjuntos de elementos aislados sino unidades de sentido estructuradas de forma particular (Carro & De la Cuesta, 2008; Santacruz et al., 2000).

A medida que la revolución cognitiva, se fue desarrollando el paradigma de la Gestalt se extendió a diferentes aspectos cognitivos. En este enfoque, el dualismo precedente en la relación entre sujeto y entorno se debilitó. En su lugar se desarrolló lo que denominaron una perspectiva dinámica. Según ésta, el organismo y el ambiente interactúan y se afectan mutuamente. Alrededor de este período histórico-académico se establecen las bases para la Psicoterapia Gestáltica. La referencia fue la experiencia clínica y los escritos de Perls (1893-1970). Dicho autor se caracterizó por seguir los principios de la Psicología de la Gestalt. Además, la Psicoterapia Gestáltica incorporó: (i) una perspectiva existencialista para resaltar la importancia del tiempo presente (aquí y ahora) de los sujetos, (ii) algunos aspectos teórico-prácticos del Psicodrama de Moreno (1889-1974) y del Psicoanálisis.

Para la Terapia Gestáltica, el aprendizaje y percepción son dos aspectos fundamentales. La importancia de los anteriores radica en que el sujeto actúa y modifica las situaciones que experimenta como problemáticas en función de la percepción. Los autores defienden que así se genera la retroalimentación necesaria para incorporar las soluciones y constituir el aprendizaje. El enfoque pretende lograr que el paciente reconozca su plenitud de potencial, aprenda a usarlo en su beneficio y mejore su relacionamiento con su entorno y consigo mismo. Según Perls (1973), toda experiencia no es tolerada en sus aspectos no placenteros. Por lo tanto, las personas tenderían a evitar los aspectos no placenteros. Sin embargo, sugiere que el sufrimiento forma parte de la totalidad de la experiencia. Tal condición permite al paciente aprender a integrar pensamientos, sentimientos y acciones. Es decir, que para conseguir el equilibrio el paciente habría de comprender -con ayuda de las

intervenciones del terapeuta- a integrar, comprender, enfrentar y dar cuenta (percepción y aprendizaje) de las estructuras de sus sensaciones de incompletud o malestar. Sobre esta base se generaría un cambio positivo y oportuno para sí mismo. De acuerdo con Cervantes (2016, p. 48), “ ... la misma persona no sabe a ciencia cierta cuál es ese sin sentido; lo detecta, lo siente, lo vive, pero carece del autoconocimiento suficiente para entenderlo ..”. Entonces, la Terapia Gestáltica pretende que el paciente identifique las interferencias y dificultades en la integración, el desarrollo de autorregulación y autoactualización en interacción con el entorno. Dentro de la red sistemática de relaciones que ocurre en un sujeto y su ambiente, se suele distinguir conceptualmente la figura y el fondo como nociones para colocar la relevancia relativa de los elementos de dicho sistema. Esta noción se proyecta para distinguir entre las necesidades dominantes y no dominantes. Las primeras ocuparían la atención del paciente, definiendo la ejecución de su conducta y su percepción. Esto se denomina como formación de Gestalten o de figuras. Su valor estaría en que distorsionar y desequilibrar el presente del sujeto. Por otro lado, las necesidades no dominantes conforman el fondo o campo. El objetivo de la terapia es hacer que las necesidades dominantes sean satisfechas o desaparezcan para restablecer el equilibrio.

Para alcanzar los objetivos que se proponen en la Terapia Gestáltica, se utilizan técnicas expresivas, supresivas y de integración. El propósito es dejar en evidencia las resistencias, Gestalten débiles, para transformarlas e integrarlas de la mejor forma posible y lograr mayor toma de consciencia (Martín, 2011). Según este autor, algunas de las técnicas más conocidas son las de diálogo: Silla Vacía o Silla Caliente, Hacer la ronda, Antítesis o Juego de roles, entre otras.

Se podría decir que en cada una de las técnicas mencionadas se hace referencia al interés de modificar determinados procesos cognitivos como modo de modificar lo que el enfoque denomina equilibrio respecto a estados internos y conductas. Sin embargo, al igual que el marco teórico que da soporte a la Terapia Psicoanalítica, convendría una actualización de los hallazgos de referencia respecto a la cognición y cuál sería su efecto en dicho marco teórico y la terapia soportada por ellos.

5. Metáfora y Psicoterapia

El apartado anterior se ha interesado en poner en relación las tradiciones terapéuticas, sus marcos teóricos y la relevancia de los procesos cognitivos en los mismos. La pregunta que surge de esta revisión es cuán actualizados están las distintas tradiciones y sus marcos teóricos respecto a los hallazgos más recientes sobre la cognición. También, cuáles serían los efectos de esa actualización y hasta dónde esos efectos mantendrían la vigencia de la tradición terapéutica y su marco teórico. No está en el alcance de esta monografía resolver tal aspecto, pero la propuesta de revisión se sostiene en un hecho: en la historia de la ciencia se entiende que los paradigmas, teorías y la práctica profesional anclada en las dos primeras tienen un periodo histórico de vigencia donde sufren fuertes transformaciones (Kuhn, 1971).

En el escenario del estudio de la cognición, la metáfora cognitiva, no la metáfora lingüística, es un planteamiento resultante del desarrollo de las Ciencias Cognitivas posterior a las terapias mencionadas y sus marcos teóricos. De este modo, no es previsible que haya sido ya ampliamente incorporada a las tradiciones terapéuticas y su marco teórico.

Dos hechos destacan, primero, en tanto mecanismo de proyección conceptual, la metáfora cognitiva remite al concurso de procesos cognitivos en la distinción más estándar de los mismos (p.e., percepción, atención, memoria, lenguaje, etc.).

Segundo, en una referencia anecdótica, conviene considerar que en no pocas conversaciones sobre su práctica profesional los terapeutas muestran tener presente a la metáfora. En referencia a la utilidad de la metáfora en psicoterapia, diversos autores (Cirillo & Crider, 1995; Lyddon, Clay & Sparks, 2001; Guerin, 2003; Pearce, 1996, McMullen, 2008) reconocen su relevancia para promover el cambio y desarrollo en los pacientes. De acuerdo con las consideraciones anteriores acerca de los distintos modelos psicoterapéuticos, la metáfora podría relacionarse efectivamente con los respectivos corpus teóricos. Sin embargo, no parece claro que en todos los casos se considere igualmente desde la perspectiva de la cognición. En otras palabras, es posible y de hecho se producen estrategias, técnicas y objetivos donde la metáfora está involucrada. No necesariamente como objeto cognitivo.

Según Cirillo y Crider (1995), algunos de los objetivos terapéuticos pueden referir al abordaje de temáticas emocionalmente complejas; a descubrir nuevas posibilidades de expresar, de sentir, pensar y comportarse. Lyddon, Clay y Sparks (2001) afirman que la metáfora es fundamental para comprender, establecer un lenguaje en común, simbolizar. En

otros términos, para lograr una comunicación fluida, acceder a nuevas concepciones y reconocer aspectos de sí mismo. También, posibilita nuevos comportamientos.

Needham (2014) propone que las psicoterapias varían según sus enfoques teóricos, prácticas y técnicas. Sin embargo, comparten en sus relaciones terapéuticas la expresión verbal, la comunicación y el abordaje de, por ejemplo, sentimientos y emociones de los pacientes. Dichos eventos psicológicos, muchas veces planteados por medio de lenguaje metafórico. En la terapia, es importante tener presente la forma en que la metáfora se relaciona con el resto de los recursos discursivos -la entonación y la gesticulación-. Sin embargo, esto no hace necesariamente considerar a la metáfora desde la cognición.

A propósito del contexto que engloba a las metáforas en el ambiente psicoterapéutico, McMullen (2008) asegura que muchos aspectos suelen desestimarse y son relevantes para alcanzar un correcto análisis y estudio del uso de las metáforas y sus respectivos efectos en la relación terapéutica. Entre dichos aspectos: la orientación de los terapeutas, el marco temporal de la terapia, el momento para estudiar la manipulación metafórica en el discurso terapéutico o la voluntad de los pacientes para utilizar y manipular metáforas.

Estos aspectos definen a grandes rasgos cómo se dirigen las expresiones metafóricas, quién las emite, cuál es su contenido, cómo se abordan, con qué objetivos y qué efectos produce en ambas partes. Las metáforas pueden ser elaboradas y profundizadas o se las puede tomar como un estímulo más de la narrativa del paciente. Lo anterior depende de la conveniencia y pertinencia para la problemática del paciente, depende del juicio e intervención correspondiente del terapeuta. No siempre las metáforas son consideradas como un beneficio para lograr una comunicación fluida. De acuerdo con McMullen (2008), algunas de ellas pueden funcionar como mecanismo de defensa y desviar el curso de la sesión para evitar el abordaje de situaciones o expresiones dolorosas.

A continuación se plantea una serie de estudios que evidencian los distintos usos de la metáfora en diferentes psicoterapias, en sus respectivos contextos clínicos y los efectos que pueden llegar a producirse en determinadas condiciones terapéuticas. Dichos estudios empíricos -donde se analizan datos empíricos con procedimientos estadísticos- presentan hipótesis, predicciones, métodos de identificación y discusiones. Estos elementos permiten generar continuidad entre los resultados y las prácticas académico-científicas.

6. Evidencia experimental

Como se menciona en párrafos anteriores, McMullen (2008) destaca la influencia del contexto sobre los estudios de la metáfora en la clínica psicoterapéutica. Angus & Rennie (1988) centran su interés en los estilos de tipo colaborativo y no-colaborativo en la elaboración de la metáfora de los pacientes por parte de los terapeutas. El estudio contó con cuatro relaciones o díadas psicoterapéuticas diferentes: una psicoanalítica, una gestáltica y dos psicodinámicas. Cada díada presentaba al menos doce sesiones de antigüedad. Se grabó el audio de una sesión completa por díada. El objetivo fue identificar intercambios metafóricos basándose en el material presentado por Lakoff & Johnson (1980) respecto a la selección de metáforas novel y metáforas convencionalizadas. Se prestó atención a la evolución de sentido y significado así como también al entendimiento de dichas metáforas.

A las veinticuatro horas de la sesión se presentaron cuestionarios sobre las metáforas utilizadas. En estos se preguntó a los pacientes participantes acerca de las imágenes, pensamientos, emociones o sentimientos que experimentaron en el momento específico de alusión a intercambios metafóricos registrados en el audio de la sesión.

Para realizar el análisis de los datos, las expresiones metafóricas de la sesión se categorizaron según sus propiedades y características. Se tuvo en cuenta el criterio y las conceptualizaciones de los investigadores y la información reflejada en las respuestas de los participantes. La sistematización encontró dos categorías globales: la primera se denominó Interacción metafórica comunicativa (Metaphoric Communication Interaction) y la segunda Asociación de significado en base al contexto (Associated Meaning Context).

Los resultados indican que las relaciones colaborativas hacia la elaboración de la metáfora dependen de la actitud que adopte el terapeuta para lograr la conjunción de significado en comunicaciones metafóricas. Dos de las cuatro díadas demostraron mayor aprehensión, articulación y elaboración. Este resultado se relacionó con la curiosidad genuina expresada por los terapeutas respecto a las asociaciones y comunicaciones metafóricas de los pacientes. Este efecto se interpretó como evidencia de que dicha actitud muestra la coincidencia de las comprensiones y la generación de nuevas perspectivas para las metáforas de los pacientes. Por otro lado, en las díadas restantes se resaltó la disyunción de significado a causa de la no colaboración. Es decir, la no elaboración de las comunicaciones y asociaciones metafóricas. Se registraron malentendidos en las comprensiones metafóricas.

Otro experimento que sugiere el potencial de los intercambios metafóricos para la práctica psicoterapéutica fue realizado por Mathieson, Jordan, Carter y Stubbe (2015). Este estudio evaluó el uso de lenguaje metafórico en una Terapia Cognitivo Comportamental. Se tuvo la hipótesis de que los pacientes revelarían sus preocupaciones, sus percepciones de sí mismos y de los demás y sus experiencias afectivas por medio del lenguaje metafórico. Los autores esperaron un uso repetido y la elaboración metafórica de las temáticas.

En esta investigación, el objetivo radicó en identificar patrones de respuestas metafóricas en tres diadas terapéuticas escogidas al azar entre cuarenta y ocho transcripciones de un experimento anterior. En ese experimento (Mathieson et. al., 2015b), se persiguió identificar metáforas y su frecuencia en una Terapia Cognitivo Comportamental. Se registraron 31.5 palabras metafóricas en cada mil: 21.2, por terapeutas y 10.3 por pacientes.

En la investigación citada al principio del párrafo, las tres diadas estaban conformadas por tres pacientes con diagnóstico de depresión y tres especialistas en tratar dicho diagnóstico en Terapia Cognitivo Comportamental. Se analizaron las respuestas de ambas partes frente a las metáforas (del otro) para explorar su interacción. Los hallazgos mostraron que las expresiones metafóricas eran iniciadas con una tasa similar de frecuencia: 170 veces por parte de los terapeutas vs 168, de los pacientes. Según los autores, los pacientes y los terapeutas utilizan las metáforas del otro en un rango similar de frecuencia.

Otro hallazgo relevante fue que la primer metáfora expresada en una seguidilla de expresiones metafóricas fue 44% la recurrencia de una metáfora previamente utilizada. El resultado sugiere que los terapeutas re-utilizaron sus propias metáforas en 49 % vs 23 % de las veces en los pacientes. Por otro lado, la recurrencia en pacientes se mostró más equilibrada: 35 % en pacientes vs 33 % en terapeutas. Para lo autores, un rango similar de respuestas sugiere una colaboración interactiva y co-construcción de temáticas metafóricas. Asimismo, en el estudio se identificaron patrones de respuestas frente a expresiones metafóricas que se mantenían a lo largo de las sesiones. Los patrones se organizaron por categorías de Repetición, Reformulación, Clarificación, Elaboración/Extensión y Reconocimiento de/Acuerdo. Para la clínica psicoterapéutica, la categoría más potencialmente entendida fue Elaboración/Extensión. El estudio argumentó que esta categoría alude a comprensiones nuevas por medio de metaforización y desarrollo de significado novel.

Por otra parte, Barlow, Pollio & Fine (1977) evaluaron la relación entre las metáforas y el insight psicoterapéutico. El estudio definió a este último como el cambio vivenciado por

el paciente a raíz de su verbalización sobre aspectos de sí mismo (tales como su personalidad, sus relaciones interpersonales, situaciones o experiencias relevantes, entre otros). Se entendió que estos cambios indicarían un nuevo conocimiento o comprensión de las situaciones en cuestión. En consecuencia, los terapeutas direccionarían sus actos de manera novedosa para el paciente, haciendo posible la resolución de conflictos.

El experimento se basó en la transcripción de una díada de Psicoterapia Gestáltica. La terapia se dividió en catorce segmentos de comunicación. Cada uno de ellos constó de diez unidades de comunicación. Para seleccionar e identificar las metáforas noveles y congeladas, se siguió el procedimiento desarrollado por Barlow (1971). Por otro lado, para identificar las instancias de insight, se contó con la participación individual de cuatro psicoterapeutas. Para dar validez al estudio, solo se consideraron las instancias que dichos especialistas identificaron por igual y de manera coincidente. De esta forma, se estimaron regiones de insight de acuerdo a la densidad de los juicios de los especialistas, teniendo en cuenta la frecuencia total de sus asignaciones dentro de los segmentos.

Los resultados arrojaron que de cada cien palabras cinco remiten a figuras metafóricas y tres de ellas resultaron ser noveles. Respecto a las regiones de insight, se descubrió que al inicio de la sesión las instancias de insight eran pocas y se presentaban de forma aislada. Por contrario, hacia el final de la sesión, dichas instancias ocurrían de manera más frecuente. Este registro coincidió con la alta frecuencia de intercambios metafóricos noveles, pero no con la frecuencia de metáforas congeladas.

7. Herramientas de descripción de pensamiento metafórico

Las herramientas que se mencionan a continuación son algunos ejemplos de instrumentos desarrollados para el estudio empírico y descriptivo de la metáfora cognitiva. Algunas de ellas fueron desarrolladas previamente a dicha propuesta teórica. Es decir, habrían de ser ajustadas. En todo caso, dichos instrumentos son recursos potenciales para la práctica terapéutica en la medida que ésta incorpore una descripción y un marco teórico actualizado de los procesos cognitivos. Sin ello, los instrumentos carecerían un marco de descripción e interpretación de los datos plenamente pertinente.

7.1. Metaphoric Triads Task (MTT)

Esta herramienta se compone de estímulos visuales a modo de imágenes con ilustraciones. En esta tarea se demanda parear tres ilustraciones por similitud metafórica. Entonces, es posible generar tres pareos diferentes (p. ej. A con B, A con C, B con C). Sin embargo, solo una opción sería la correcta (de carácter metafórico). La consigna incluye elegir por qué las ilustraciones son parecidas o iguales o por qué van juntas. El instrumento cuenta con dos sets de ítems. El primero contiene quince y el segundo catorce ítems, resultando en un total de veintinueve ítems. Al multiplicarlos por tres imágenes, cada ítem da un total de ochenta y siete imágenes distintas entre ambos sets. Los investigadores que desarrollaron la presente herramienta (Kogan, Connor, Gross, & Fava, 1980) idearon tres categorías o maneras de conectar metafóricamente las imágenes. La primera fue considerada de carácter conceptual; la segunda, de carácter configural. En ella, la relación o posible asociación recae sobre la figuratividad u operatividad que presentan ambas imágenes. Finalmente, la tercer manera de conectar metafóricamente las imágenes es de carácter fisionómico-afectivo. Es decir, cuando las imágenes pueden representar un aspecto emocional o expresivo (p.e., ira, tristeza, entre otros).

Las categorías pueden presentarse de manera incluida en algunos ítems. Así se puede observar en el número tres del primer set. En éste, la primer imagen muestra una persona con un paraguas y traje de lluvia. En la segunda, un rayo atravesando una nube con lluvia. La tercer imagen es un hombre visiblemente (a través de su postura y cara) enojado. El pareo metafórico se da entre la segunda y la tercer imagen. Éstas pueden relacionarse tanto por su carácter conceptual como por el carácter fisionómico-afectivo. La tipología de metáforas cognitivas propuesta por Lakoff y Johnson (1980) ofrece una oportunidad para revisar y actualizar las categorías usadas en esta tarea.

Los resultados obtenidos del instrumento devienen de la suma total de todos los ítems. Para ello se aplica una escala de tres puntos a cada ítem. Se obtienen dos puntos cuando el participante reconoce y explica satisfactoriamente la conexión metafórica; un punto cuando reconoce la conexión metafórica entre las imágenes. Es decir, realiza correctamente el pareo metafórico pero no hay una explicación satisfactoria. Cuando no se logra realizar correctamente el pareo o se efectúa de manera no metafórica se obtienen cero puntos. Esta herramienta tiene como objetivo promover la solución de analogías difíciles, generar

respuestas amplias a tareas y pensamientos divergentes. También, incrementar la categorización y sensibilidad fisionómica. Desde la perspectiva de las aplicaciones, se encuentra relación entre la performance del instrumento MTT y la enseñanza de apreciación al lenguaje figurado.

El piloto de la herramienta fue realizado en adultos. Sin embargo, con una presentación adecuada al nivel verbal de las distintas edades, es posible aplicar el instrumento a niños y adolescentes porque el fin es la codificación de sentido metafórico de las imágenes en cada ítem. El hecho de que el lenguaje figurado (metáforas) sea evocado en imágenes y no en frases escritas, facilita positivamente la comprensión en edades preescolares. Cabe destacar que la MTT surge debido a la exploración de la conceptualización y capacidades metafóricas de los niños.

7.2. Test para habilidades metalingüísticas para adolescentes y adultos (THAM-3)

El THAM-3 (Lasagabaster, Merino, & Pinto, 2015) es un test que comprende tres pruebas. Una de comprensión, otra de aceptabilidad y por último comprensión de lenguaje figurado. En cada una de ellas, se realizan dos tipos de preguntas: lingüísticas (L), metalingüísticas (ML). La primera alude al reconocimiento respecto a la forma o lo que refiere a los usos denotativos y normativos. Mientras, la segunda hace hincapié en la descripción del contenido o comprensión, al uso connotativo del lenguaje. Dado el objeto de esta monografía, sólo se expondrá la tercera prueba.

La prueba de lenguaje figurado consiste en la presentación de metáforas en sentido estricto y de tres maneras diferentes: de manera individual (frase metafórica), en anuncios publicitarios y en fragmentos poéticos. Se presentan dos de cada naturaleza, lo que resulta en un total de seis ítems para la prueba. Esta prueba está estipulada para durar sesenta minutos.

Como se mencionó al principio del apartado, las pruebas se ven atravesadas por dos preguntas fundamentales: una de carácter lingüístico (L) y otra de carácter metalingüístico (ML). En la prueba de lenguaje figurado solo se tiene en cuenta el aspecto lingüístico para los anuncios publicitarios. La frase metafórica y el fragmento poético no se apoyan en un valor de verdad precis. Por lo tanto, en ellos solo se tiene en cuenta el aspecto metalingüístico.

Respecto a la dimensión lingüística, la codificación de los datos es de tipo verdadero/falso. Cada ítem se califica con el número 1 para correcto y 0 para incorrecto. Al

final del test se realiza una suma de todas las respuestas. Por otra parte, el aspecto metalingüístico de las pruebas se evalúa por medio de la pregunta de justificación que está presente en cada instancia. Se tiene presente si la argumentación del participante cumple o satisface los criterios de capacidad de análisis, capacidad de ser explícito e intencionalidad. En cuanto a la codificación de este aspecto se plantean tres niveles: ML0 refiere a la ausencia e insuficiencia de análisis; ML1 se reconoce un principio de análisis o discriminación pero de carácter insuficiente; ML2 toma en cuenta de forma sistemática y de manera aceptable todos los elementos presentando abstracción y coherencia. Todas las respuestas se suman al final del test. Se concluye que los puntos son acumulativos en ambas dimensiones, es posible (si se responde correctamente a todas las preguntas) obtener los totales de diecinueve puntos para el aspecto lingüístico y cincuenta y cuatro puntos para el metalingüístico.

7.3. The Metaphor Identification through Vehicle Terms Procedure (MIV)

El (MIV) es un procedimiento desarrollado por Cameron (1999; 2003; 2006). Consiste en distinguir expresiones metafóricas en un contexto lingüístico de uso diario. Es decir, en un contexto no determinado previamente por el investigador que depende de la impronta discursiva del participante. Las metáforas son identificadas y extraídas del discurso de forma manual. El investigador debe buscar y anotar los términos que contrasten o generen incongruencia con el tema que se aborda en el contexto discursivo. Según Chapetón (2010), los “vehicle terms” son focos metafóricos constituidos por frases o palabras. En ellos la incongruencia con el tema se resuelve por medio de transferencia de significado, entendiéndose esto último por medio de comparación, interacción o mapeo conceptual.

Para que el procedimiento de identificación de expresiones metafóricas sea fiable, es necesario contar con más de un investigador que se dedique a realizar la búsqueda de “vehicle terms”. Deben considerarse como metáforas sólo aquellas que sean destacadas por la mayoría de los investigadores involucrados. De esta manera, el criterio de selección no depende exclusivamente del conocimiento de uno de los investigadores sobre la lengua, el uso de las expresiones y su relación con el contexto discursivo.

Este tipo de procedimiento se encuentra aplicado en la primer evidencia experimental (Angus & Rennie, 1988) citada en el apartado anterior y demuestra ser de utilidad para

investigaciones llevadas a cabo en contextos psicoterapéuticos. En estos casos no se puede prever el discurso. Por lo tanto las expresiones metafóricas del participante con anticipación.

7.4. The Metaphor Identification Procedure (MIP)

Esta herramienta, desarrollada por Pragglejaz Group (2007) es un método que estipula cuatro pasos para identificar metáforas en cualquier contexto lingüístico. Se vale de diccionarios contemporáneos para verificar el significado y referencias de todas las palabras contenidas en el discurso o texto del participante, relegando y quitándole responsabilidad al criterio, intuición o conocimiento de los investigadores respecto a las expresiones utilizadas por los sujetos.

Los pasos a seguir son los siguientes: primero, consiste en leer la totalidad del discurso para generar un entendimiento general; segundo, se establecen las unidades léxicas que lo componen; tercero se divide en tres instancias (a, b, c). En (a), para cada unidad léxica se debe establecer su significado en contexto. Es decir, que se tienen en cuenta las unidades léxicas que la anteceden y suceden; (b), para cada unidad léxica se determina si existen significados más básicos y contemporáneos en otro tipo de contexto; (c), de existir un significado más básico, se debe decidir si ambos significados (el presente en el contexto del participante versus el más básico encontrado en los diccionarios) contrastan de forma terminante o de lo contrario si es posible que se entiendan por medio de comparación. Finalmente, el cuarto paso se basa en marcar como metáfora la unidad léxica que presente las características mencionadas en el último apartado del paso tres.

Según Chapetón (2010), es posible relacionar este procedimiento (MIP) al igual que el anterior (MIV) con diversos fines experimentales (p.e., psicolingüísticos, neuropsicológicos, entre otros). También, podrán resultar compatibles con otras herramientas debido a que su único objetivo es identificar metáforas.

8. Sistemática y pertinencia al uso de la metáfora en la terapia psicológica

Los mecanismos de proyección metafórica son un hecho de nuestra mente. A pesar de su flexibilidad, estos mecanismos son un hecho sistemático y transversal a dominios conceptuales y culturas. Estos mecanismos de proyección metafórica ponen en juego diversos

procesos cognitivos, descritos desde una clasificación más estándar en un orden básico y superior. Entonces, la metáfora cognitiva no es una herramienta o un recurso de la terapia psicológica. Más bien, es un hecho cognitivo del cual la práctica terapéutica puede darse cuenta, sistematizar un abordaje de la misma en la estructura y procedimientos de dicha práctica y desarrollar un análisis de dicha práctica mediante instrumentos de levantamiento de datos empíricos, con hipótesis y predicciones específicas. En esta posibilidad, los marcos teóricos de referencia y las tradiciones terapéuticas no parecen tener el mismo alcance y flexibilidad. Lo anterior, entre otras razones (p.e., hábitos y tradiciones gremiales, imperativos jurídicos y deontológicos, etc.), por la actualidad de sus asertos respecto a la cognición. En este sentido, las tradiciones terapéuticas no se acercan al tema y la comprensión de los mecanismos de proyección metafórica con las mismas posibilidades analíticas.

En el presente trabajo, se ha aportado evidencia de la metáfora cognitiva como un fenómeno cognitivo que puede observarse e identificarse en contextos diversos a través del lenguaje y de medios no verbales. También, se han señalado herramientas e instrumentos específicos para la descripción empírica de dicho fenómeno. Según lo planteado, la situación terapéutica ofrece datos y elementos para desarrollar estudios empíricos a partir de los relatos de pacientes y las estrategias de los terapeutas.

El contexto psicoterapéutico es un espacio donde los marcos de referencia del paciente, su forma de categorizar y evocar conjuntos de experiencia, se exponen de manera continua. Esto permite al psicoterapeuta identificar cuáles son los mecanismos y estructuras conceptuales que dotan al paciente de determinadas concepciones de sí mismo, su situación o enfermedad particular. Sobre esta base, el psicoterapeuta puede desarrollar mecanismos para intervenir sobre las mismas y generar consecuencias positivas al paciente y lograr mejoras en la situación global del paciente. Entre otros sustentos, estos mecanismos habrán de sustentarse en el conocimiento sobre la cognición. Particularmente, si las proyecciones metafóricas son un mecanismo cotidiano para explicar ideas o comunicar situaciones que pueden resultar dolorosas o incómodas de abordar. Por estas razones, resulta pertinente sistematizar el uso de la metáfora en la psicoterapia.

Según la evidencia mostrada, lo anterior se potencia cuando el psicoterapeuta es capaz de mantener un estilo colaborativo en el desarrollo de las metáforas dentro del espacio terapéutico, explorando las metáforas del paciente y no subestimando su capacidad para mostrar o modificar la situación actual del mismo. Eventualmente, los mismos instrumentos

de levantamiento de datos del pensamiento metafórico y medición podrían administrarse en un protocolo más amplio y justificado de la práctica terapéutica.

Respecto a los modelos psicoterapéuticos que fueron abordados (Psicoanálisis, Cognitivo Comportamental y Gestalt), hemos señalado que no todos parecen incorporar por igual un conocimiento actualizado de los procesos cognitivos y de las corrientes más contemporáneas sobre la cognición; tampoco serían simétricos en cuanto su apertura a procedimientos de levantamiento de datos empíricos y descriptivos como los presentados. Esto sería sin duda un modulador importante de la sistematización y el desarrollo de protocolos basados en este tipo de evidencia.

Sin embargo, todos ellos parecerían sensibles a considerar o aceptar que el lenguaje y el pensamiento tiene elementos metafóricos. También, parecerían sensibles a considerar que la práctica psicoterapéutica no es ajena al uso cotidiano de la metáfora. La medida en que la distinguan como un fenómeno cognitivo tampoco parece ser simétrica. Al parecer, los constructos teóricos o concepciones sobre el paciente así como también sus técnicas de intervención aportarían diferentes grados de disposición a la sistematización y desarrollo de protocolos de levantamiento empírico descriptivo de datos como un recurso que potencie la práctica terapéutica. En este sentido, el modelo Cognitivo Comportamental y la Gestalt parecen más sensibles a este esfuerzo por contar con categorías que directamente refieren a los procesos cognitivos o tienen mayor familiaridad metodológica con la investigación empírico descriptiva.

Finalmente, en la realización de este esfuerzo se podría contestar si algún modelo, tratamiento o técnica podría ser más potenciado por esta propuesta; si la propuesta reportaría mejores resultados para patologías determinadas o sería igualmente eficiente para cualquiera. Estas son algunas de las interrogantes que pueden dar lugar a futuras investigaciones.

Referencias

- Aguirre, R. & Santiago, J. (2017). Do potential past and future events activate the Left-Right Mental Timeline? *Psicológica*, 38(2), 231-255.
- Apud, I., Ruiz, P., & Vásquez, A. (2016). Introducción a la historia y a los métodos en psicología cognitiva. En: A. Vásquez (Ed.), *Manual de Introducción a la Psicología Cognitiva*, (pp. 17-48). Montevideo: Universidad de la República.
- Angus, L. E. & Rennie, D. L. (1988). Therapist participation in metaphor generation: Collaborative and noncollaborative styles. *Psychotherapy: Theory, Research, Practice, Training*, 25(4), 552-560.
- Austin, J. & Urmson, J. (1998). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Ballesteros, F. (2013). *Evaluación Psicológica. Conceptos, métodos y estudio de casos*. Madrid: Pirámide.
- Barchard, K., Grob, K., & Roe, M. (2016). Is sadness blue? The problem of using figurative language for emotions on psychological tests. *Behavior Research Methods*, 49(2), 443-456.
- Barlow, J. M., Kerlin, J. R., & Pollio, H. R. (1971). Training manual for identifying figurative language. Technical Report, Metaphor Research Group, University of Tennessee.
- Barlow, J. M., Pollio, H. R., & Fine, H. J. (1977). Insight and figurative language in psychotherapy. *Psychotherapy: Theory, Research & Practice*, 14(3), 212-222.
- Bernardi, R., Defey, D., Garbarino, A., Tutté, J. C., & Villalba, L. (2004). Guía clínica para la psicoterapia. *Revista de Psiquiatría Uruguaya*, 68(2), 99-146.
- Boring, E. (1980). *Historia de la psicología experimental*. México: Trillas
- Boroditsky, L. (2000). Metaphoric structuring: understanding time through spatial metaphors. *Cognition*, 75(1), 1-28.
- Bowdle, B. & Gentner, D. (2005). The career of metaphor. *Psychological Review*, 112(1), 193-216.
- Cameron, P. & Ennis, J. (1998). *Standards and Guidelines for the Psychoterapies*. Toronto: University of Toronto Press.
- Cameron, L. (1999). Identifying and describing metaphor in spoken discourse data. En: L. Cameron & G. Low (Eds.), *Researching and Applying Metaphor*, (pp. 105-132). Cambridge: Cambridge University Press.

- Cameron, L. (2003). *Metaphor in Educational Discourse*. London: Continuum.
- Cameron, L. (2006). *MetNet Group: The Metaphor Analysis Project*. Recuperado de <http://creeet.open.ac.uk/projects/metaphor-analysis/index.cfm>
- Carro, S. & De la Cuesta, P. (2008). *Introducción a las teorías psicológicas*. Montevideo: Psicolibros.
- Casasanto, D. & Boroditsky, L. (2008). Time in the mind: Using space to think about time. *Cognition*, 106(2), 579-593.
- Casasanto, D. (2009). Embodiment of abstract concepts: good and bad in right-and left-handers. *Journal of Experimental Psychology: General*, 138(3), 351-367.
- Cervantes, J. (2016) Neurosis, psicoterapia y vida moderna. Una reflexión desde la psicoterapia Gestalt. *Episteme*, 5(6), 47-55.
- Chapetón, C. M. (2010). Identificación de Lenguaje Metafórico en textos argumentativos en inglés como lengua extranjera: un estudio de corpus. *Folios*, (32), 125-140.
- Chomsky, N. (1957). *Syntactic structure*. Berlin: Mouton
- Cirillo, L. & Crider, C. (1995). Distinctive therapeutic uses of metaphor. *Journal of Psychotherapy*, 32(4), 511-519.
- Croft, W. & Cruse, A. (2004). *Cognitive Linguistics*. New York: Cambridge University Press.
- Cuenca, M. & Hilferty, J. (1999). *Introducción a la lingüística cognitiva*. Barcelona: Ariel.
- De La Fuente, J., Santiago, J., Román, A., Dumitrache, C., & Casasanto, D. (2014). When you think about it, your past is in front of you: How culture shapes spatial conceptions of time. *Psychological Science*, 25(9), 1682-1690.
- De la Fuente, J., Casasanto, D., Román, A., & Santiago, J. (2015). Can culture influence body-specific associations between space and valence? *Cognitive Science*, 39(4), 821-832.
- De la Fuente, J., Casasanto, D., & Santiago, J. (2015). Observed actions affect body-specific associations between space and valence. *Acta Psychologica*, 156, 32-36.
- Etchegoyen, H. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fodor, J. A. (1986). *La modularidad de la mente: un ensayo sobre la psicología de las facultades*. Madrid: Morata.
- Fernández, M., García, M., & Crespo, A. (2012). *Manual de técnicas de intervención cognitivo conductuales*. Madrid: UNED-Desclée de Brouwer.

- Freud, S. (1886). *Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico*. Obras completas. (v. I, pp. 23-34). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1893). *Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas*. Obras completas (v. I, pp. 191-210). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1923). *El yo y el ello*. Obras completas (v. XIX, pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gentner, D., Bowdle, B., Wolff, P., & Boronat, C. (2001). Metaphor is like analogy. En: D. Gentner, K. J. Holyoak & B. N. Kokinov, (Eds.), *The analogical mind: Perspectives from Cognitive Science*, (pp. 199-253). Cambridge MA: MIT Press.
- Gibbs, R., Bogdanovich, J., Sykes, J., & Barr, D. (1997). Metaphor in Idiom Comprehension. *Journal of Memory and Language*, 154(37), 141-154.
- Gibbs, R. (1996). Why many concepts are metaphorical. *Cognition*, 61(3), 309-319.
- Glucksberg, S., & McGlone, M. S. (1992). Metaphor Understanding and Accessing Conceptual Schema: Reply to Gibbs (1992). *Psychological Review*, 99(3), 578-581.
- Group, P. (2007). MIP: A method for identifying metaphorically used words in discourse. *Metaphor and Symbol*, 22(1), 1-39.
- Guerin, B. (2003). Language use as social strategy: A review and an analytic framework for the social sciences. *Review of General Psychology*, 7(3), 251-298.
- Haiman, J. (1980). Dictionaries and encyclopedias. *Lingua*, 50(4), 329-357.
- Ibarretxe-Antuñano, I., & Valenzuela, J. (2012). Lingüística Cognitiva: origen, principios y tendencias. En: I. Ibarretxe-Antuñano & J. Valenzuela (Coord.), *Lingüística Cognitiva*, (pp. 13-38). Barcelona: Anthropos
- Kandel, E. R. (1999). A new intellectual framework for psychoanalysis. *The American Journal of Psychiatry*, 156(4), 505-524.
- Kogan, N., Connor, K., Gross, A., & Fava, D. (1980). Understanding visual metaphor: Developmental and individual differences. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 45(1), 1-78.
- Kuhn, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Labrador, F. (2008). *Técnicas de modificación de conducta*. Madrid: Pirámide.

- Lakens, D. (2012). Polarity correspondence in metaphor congruency effects: Structural overlap predicts categorization times for bipolar concepts presented in vertical space. *Journal of Experimental Psychology: Learning, Memory, and Cognition*, 38(3), 726-736.
- Lakoff, G. & Johnson, M. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra Teorema.
- Lakoff, G. (1987). *Women, fire, and dangerous things: What categories reveal about the mind*. Chicago: University of Chicago.
- Lakoff, G. (2006). Conceptual metaphor. The contemporary theory of metaphor. En: D. Geeraerts (Ed.), *Cognitive Linguistics*, (pp. 185-238). Berlin: Walter de Gruyter.
- Langacker, R. (1987). *Foundations of Cognitive Grammar: Theoretical prerequisites, Volumen I*. California: Stanford University Press.
- Langacker, R. (1988). Toward a Coherent and Comprehensive Linguistic Theory. En: B. Rudzka-Ostyn. (Ed.), *Topics in Cognitive Linguistics*, (pp. 3-127). Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Laplanche, J., Pontalis, J., & Lagache, D. (2015). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lasagabaster, D., Merino, J. A., & Pinto, M. A. (2015). *Test de habilidades metalingüísticas para adolescentes y adultos: THAM-3*. Bilbao: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.
- Lyddon, W., Clay, A., & Sparks, C. (2001). Metaphor and change in counseling. *Journal of Counseling and Development*, 79(3), 266-274.
- Martín, Á. & De la Rosa, C. R. (2011). *Manual práctico de psicoterapia Gestalt*. Madrid: UNED-Desclée de Brouwer.
- Mathieson, F., Jordan, J., Carter, J. D., & Stubbe, M. (2015). The metaphoric dance: co-construction of metaphor in cognitive behaviour therapy. *The Cognitive Behaviour Therapist*, 8, 1-12.
- Mathieson, F., Jordan, J., Carter, J., & Stubbe, M. (2015b). Nailing down metaphors in CBT: definition, identification and frequency. *Behavioural and Cognitive Psychotherapy*, 44(2), 236-248.
- McMullen, L. (2008). Putting it in context: Metaphor and psychotherapy. En: R. Gibbs (Ed.), *The Cambridge handbook of metaphor and thought*, (pp. 397-411). New York: Cambridge University Press

- Needham-Didsbury, I. (2014). Metaphor in psychotherapeutic discourse: Implications for utterance interpretation. *Poznan Studies in Contemporary Linguistics*, 50(1), 75-97.
- Núñez, R. E. & Sweetser, E. (2006). With the Future Behind Them: Convergent Evidence From Aymara Language and Gesture in the Crosslinguistic Comparison of Spatial Construals of Time. *Cognitive Science*, 30, 401-450.
- Pearce, S. (1996). *Flash of insight: Metaphor and narrative in therapy*. Needham Heights: MA: Allyn and Bacon.
- Perls, F. S. (1973). *The Gestalt approach & eye witness to therapy*. Palo Alto, CA: Science & Behavior Books.
- Riviere, Á. (1991). Orígenes históricos de la psicología cognitiva : paradigma simbólico y procesamiento de la información. *Anuario de Psicología* (51), 129-155.
- Santacruz, S., Valiente, X., Velásquez, L., & Lazcano, P. (2000). *Introducción a la terapia Gestalt*. Chile: Universidad de Chile
- Santiago, J., Román, A., & Ouellet, M. (2011). Flexible foundations of abstract thought: A review and a theory. En: A. Maas & T. Schubert (Eds.), *Spatial dimensions of social thought*, (pp. 41-110). Berlin: Mouton de Gruyter.
- Santiago, J. & Lakens, D. (2015). Can conceptual congruency effects between number, time, and space be accounted for by polarity correspondence? *Acta Psychologica*, 156, 179-191.
- Tallaferro, A. (1991). *Curso básico de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Talmy, L. (1988). The relation of grammar to cognition. En: B. Rudzka-Ostyn. (Ed.), *Topics in Cognitive Linguistics*, (pp. 165-206). Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Talmy, L. (2000). *Toward a Cognitive Semantics. Volume 1. Concept Structuring Systems*. The MIT Press.
- Torralbo, A., Santiago, J., & Lupiáñez, J. (2006). Flexible Conceptual Projection of Time Onto Spatial Frames of Reference. *Cognitive Science*, 30(4), 745-757.
- Wilson, M. (2002). Six views of embodied cognition. *Psychonomic Bulletin & Review*, 9(4), 625-636.